

## **BICENTENARIO DE LOS SITIOS DE ZARAGOZA**

(Zaragoza, 21 de Febrero de 2003)

La efemérides de Los Sitios de Zaragoza constituye un acontecimiento histórico de tal resonancia en el contexto de la época en que sucedió, y de tanta importancia para nuestra ciudad, que su recuerdo es siempre un motivo de reflexión para Zaragoza y una fuente permanente de enseñanzas.

Los acontecimientos históricos están siempre ceñidos a la circunstancia concreta en que se producen, pero, aunque la historia nunca se repite, y muere con la circunstancia que la ocasionó, algunos rasgos de estos acontecimientos pueden estar impregnados de un valor que les hace perdurables en el tiempo.

Con esta convicción están concebidas las reflexiones que les quiero exponer a continuación, en las que pretendo destacar algunas de las diversas circunstancias que, a mi modo de ver, y debidamente actualizadas, tienen un valor para el momento presente de Zaragoza.

Estas reflexiones no pretenden ser, en absoluto, las de un historiador o un erudito en la materia, sino las de un Alcalde que dirige su mirada hacia momentos del pasado glorioso de su ciudad para extraer razones que ayuden a todos a desarrollar lo mejor posible nuestro presente y nuestro futuro.

De entre el amplio conjunto de circunstancias y acontecimientos que podrían merecer esta reflexión quiero considerar exclusivamente seis de ellas, que me parecen muy ceñidas a las pretensiones que, como Alcalde, intento desarrollar para Zaragoza.

La primera de ellas, es su valor como capital de Aragón. A pesar de que la proporción de sus habitantes frente al conjunto de Aragón era entonces enormemente menor que la actual, Zaragoza ejercía ya con plenitud esa capacidad de representar y expresar el sentimiento general de los aragoneses, incluso recuperando, aunque fuera momentáneamente, las instituciones más preciadas de su historia, y en concreto, las Cortes de Aragón.

Quiero rescatar este episodio porque me parece sumamente simbólico y digno de ser considerado en un momento, como el actual, en el que nos encontramos plenamente inmersos en nuestro propio Gobierno Autonómico.

El 24 de mayo de 1808 llegaron noticias de la renuncia en Bayona de Fernando VII. La excitación popular estalló violentamente en Zaragoza, y los amotinados depusieron al Capitán General, le obligaron a abrir el almacén de armas de la Aljafería, empezaron a distribuir las entre los ciudadanos, y aclamaron a Palafox como caudillo.

Ese mismo día por la tarde, estando reunido el Pleno del Ayuntamiento, fue compelido por el pueblo a ceder sus facultades políticas y económicas a Palafox, encargándose la Corporación de recolectar los fondos necesarios para el pago de las tropas que había que formar.

Al terminar ese mismo día, el nuevo caudillo, Capitán General Palafox, que asumía por la vía de hecho todos los poderes políticos y militares del Reino de Aragón, acudió al Pilar como expresión manifiesta de fe.

Palafox era el segundo hijo de los Marqueses de Lazán y tenía 32 años. Ni por familia, ni por profesión, ni por devoción era un revolucionario. Y era también consciente del salto al vacío que había dado por la carencia de legitimidad que tenía su acceso al poder. Por ello, se dispuso a legitimarlo convocando a las Cortes de Aragón.

Las Cortes de Aragón estaban extinguidas desde los Decretos de Nueva Planta, en 1702, hacía casi un siglo. Convocadas por Palafox, se reunieron el 9 de junio, y no se volverían a reunir hasta 1983, casi dos siglos después.

La Autonomía de Aragón, en el contexto general del Estado de las Autonomías, es la clave institucional de nuestro progreso colectivo, y Zaragoza, como capital de Aragón, debe estar siempre vigilante por mantener y engrandecer nuestras instituciones, ejerciendo de manera activa el gran influjo que su condición de metrópoli conlleva para todo Aragón.

El fortalecimiento de la Autonomía de Aragón es la primera condición para el propio fortalecimiento del papel metropolitano de Zaragoza como capital. El distanciamiento que a veces se ha producido entre lo aragonés y lo zaragozano, y no digamos ya su contraposición, carece completamente de sentido. Los Sitios de Zaragoza nos invitan, a mi juicio, a desempeñar con plenitud de conciencia el papel que Zaragoza debe desarrollar como motor de Aragón y garante de sus instituciones.

La segunda reflexión que quisiera hacer se refiere al liderazgo de Zaragoza en España.

En el discurso en las Cortes de Aragón, aquel 9 de junio, el propio Palafox dio cuenta de cómo se había convertido Zaragoza en punto de referencia al que se dirigían ciudades de Castilla, Navarra y Cataluña, enviando representantes, pidiendo consejo y ayuda, y poniéndose bajo su dependencia directa.

Y luego, en el mes de agosto de aquel año, cuando terminó el primer sitio, con la noticia de la retirada de los franceses, que obligó a Napoleón a replantear toda su estrategia, a enviar un ejército nuevo con soldados más experimentados, y a implicarse él personalmente, el enorme eco de la noticia hizo que numerosos ayuntamientos españoles enviaran a Zaragoza mensajes de admiración y adhesión.

El papel que Palafox, y el ejército aragonés, desempeñaron durante aquellos meses en el conjunto de la guerra en España fue muy determinante, compartiendo éste con los generales Castaño, Blake y Vives el peso del conjunto de las operaciones bélicas en la Península.

La posición estratégica de Zaragoza, la sorprendente resistencia que estaba demostrando al ejército francés, el mejor del mundo en ese momento, y el activo papel de sus instituciones en el conjunto de la desarticulada vida política nacional, hicieron que el nombre de Zaragoza tuviera una resonancia especial.

Dos siglos después, estamos también esforzándonos, aunque en circunstancias completamente distintas por fortuna, para que el nombre y el papel de Zaragoza resulten determinantes en el conjunto de la vida política nacional.

El papel reequilibrador que puede tener el área metropolitana de Zaragoza como polo de atracción de dinamismo económico desborda los planteamientos estrictamente locales, para incidir de lleno en los parámetros de la política nacional.

Zaragoza, quinta ciudad española, capital de Aragón, capital natural del Valle del Ebro, y epicentro de la zona peninsular de mayor capacidad productiva, está llamada a desempeñar, a mi juicio, en lo político, un papel amortiguador de las tendencias centrífugas de algunas comunidades vecinas; en lo económico, un papel redistribuidor de la riqueza en el noreste español; y en lo cultural, un papel de enriquecimiento y cohesión en el conjunto de la vida nacional y de su proyección exterior.

La tercera reflexión que quiero realizar versa sobre la dimensión europea de Los Sitios.

Todos los sucesos de España en 1808 forman parte de un amplio conflicto, de carácter europeo, que comenzó con la caída del Antiguo Régimen, la Revolución Francesa, la instauración de la República Francesa, y la pretensión de establecer un nuevo orden europeo que intentó Napoleón.

Y esta dimensión europea fue particularmente sensible a lo que estaba sucediendo en Zaragoza durante la segunda mitad del año 1808, pues Los Sitios supusieron un antes y un después para Napoleón, y, por lo tanto, para su pretensión europea.

La resistencia encarnizada que opuso Zaragoza a los franceses, a quienes impidió la ocupación de la ciudad por más de medio año largo, tuvieron una resonancia europea que trastocó, en gran parte, la mentalidad de los países ocupados por Napoleón.

Los distintos países por donde fue pasando el ejército napoleónico, tras ser ocupados, de alguna manera aceptaron la presencia de sus ejércitos, con una resignación que vino a ser sacudida por el ejemplo de lo que estaba sucediendo en Zaragoza.

Los Sitios de Zaragoza alteraron por completo los planes de Napoleón. Como he comentado, Napoleón tuvo que implicarse personalmente en la guerra de España, y en los asuntos de Zaragoza, que

sus mariscales no conseguían resolver. Vino a España, y, mientras estaba aquí, se produjo una sublevación en París que le obligó a volver con toda rapidez para sofocarla.

El propio Napoleón, en su segundo destierro, en la isla de Santa Elena, le dijo a su ayudante de cámara que la guerra de España, y en concreto Los Sitios de Zaragoza, habían sido su cáncer, y la circunstancia que permitió rearmar física y moralmente a Europa en contra suya.

Y esta repercusión de Los Sitios de Zaragoza en el cambio de la mentalidad europea ante el opresor, tuvo particular incidencia en Rusia, de la que puede decirse de alguna manera que “despertó” a causa de estos ejemplos, convirtiéndose posteriormente en la tumba militar de Napoleón.

Por otra parte, las cartas personales que enviaban los soldados del ejército francés a sus familiares, teniendo en cuenta que había numerosos soldados que procedían de los distintos países europeos ocupados, contribuyeron también poderosamente a difundir ese estado de ánimo zaragozano y a alentar el seguimiento de su ejemplo en sus respectivos países.

Hasta tal punto esto era así que Palafox, en el fragor del segundo Sitio, a primeros de enero de 1809, arrojó escritos impresos en varios idiomas a los soldados del ejército francés, en salidas que hizo de Zaragoza, para difundir este estado de ánimo y socavar la moral de los franceses. Fue ésta la razón próxima que impulsó al ejército francés a lanzar un nuevo asalto a Zaragoza, el 12 de enero, también sin éxito.

Y es particularmente significativo que, siglo y medio después, un personaje tan alejado de la vida política española como el general inglés Montgomery, uno de los triunfadores en la Segunda Guerra Mundial, se refiriera en sus Memorias a España, y en concreto a Los Sitios de Zaragoza, calificándolos como la “úlceras española” de Napoleón, y como una de las causas determinantes de su derrota.

Y al evocar la figura de Montgomery, que como ustedes saben, fue el general que venció a los alemanes en la batalla de El Alamein, que para muchos historiadores supuso el cambio de sesgo de la guerra, me atrevo a decir que Los Sitios de Zaragoza, de alguna manera, pudieron también ser “El Alamein” de Napoleón.

Hoy, doscientos años después, estamos empeñados en que Zaragoza tenga una importante repercusión europea. Lo he dicho en muchas ocasiones, y me complace repetirlo aquí, ante ustedes, en este salón de la Universidad que, por su propia vocación universitaria, participa plenamente del espíritu europeo y universal.

Me considero un firme defensor de la idea europea y deseo que mi ciudad contribuya eficazmente a su construcción. A ello me anima no sólo mi vocación personal y política, sino también lo que yo creo que son exigencias de la modernidad, entre las que podrían citarse el replanteamiento de las funciones del Estado actual y el emergente papel de las ciudades.

En estos momentos, con estos planteamientos, Zaragoza está contribuyendo a la construcción europea fundamentalmente a través de dos grandes líneas de actuación: por una permanente acción en beneficio de la extensión de la conciencia europea, y a través de una profundización cultural en la propia historia de nuestra ciudad como elemento de aporte decisivo al enriquecimiento común de Europa.

Nuestro ingreso como ciudad en la Red Europea de Ciudades Eurocities, y el impulso de aquéllas a las que pertenecemos desde tiempo atrás, son una expresión de esa voluntad por extender la conciencia europea y participar de forma activa en los proyectos europeos.

Europa ha creado una civilización que le da su unidad, y tiene en su seno diversas culturas que le aseguran su diversidad. Esta civilización se asienta sobre la base de la paz, la prosperidad, la libertad, la democracia, el reequilibrio entre las regiones pobres y ricas, y el valor de la persona como aglutinante de todo lo anterior.

Y en paralelo a ello, las diferentes culturas de Europa constituyen la expresión de su vitalidad y de la libertad de sus distintos pueblos, erigiéndose al mismo tiempo, en vehículos privilegiados y diversos para acceder, por vías distintas, a los mismos valores comunes de su civilización.

Todos los proyectos culturales que viene Zaragoza realizando para rescatar su patrimonio histórico-artístico y poner en valor su condición de

ciudad de las cuatro culturas, al tiempo que refuerzan las señas de identidad de Zaragoza, que poseen un extraordinario valor diferencial, contribuyen al enriquecimiento de esa variedad cultural que es Europa.

Los Sitios de Zaragoza como expresión de un genuino momento zaragozano, además de constituir un hito de nuestra historia, adecuadamente enfocados en esta perspectiva que vengo comentando, representan también una forma de construir Europa.

La cuarta idea que deseo comentar se refiere al papel de la mujer.

Como todos ustedes saben, el 2 de julio de 1808, en un momento muy crítico del fragor del combate, la acción de un grupo de mujeres en El Portillo, encabezadas por Agustina Zaragoza, sorprendió y desconcertó a las fuerzas francesas, creando una enorme confusión que fue aprovechada por los defensores para dar la vuelta a la situación, y conseguir finalmente el rechazo del asalto, propiciando un sonoro fracaso al general Verdier, que tenía instrucciones precisas de Napoleón.

Durante el mes de diciembre, de 1808, en el segundo Sitio, la participación de Manuela Sancho, sirviendo valerosamente en la artillería, llegó a tal punto que dio lugar a que Palafox dirigiera una proclama a las mujeres zaragozanas reconociendo su insustituible protagonismo en la defensa.

La sensibilidad romántica de la época ha hecho que el papel de la mujer zaragozana en la defensa de Los Sitios haya adquirido dimensión de leyenda universal. Pero, por encima del esplendor de la leyenda, la realidad histórica que le da base pone de manifiesto que, también en el papel a desarrollar por la mujer en la sociedad, fue Zaragoza, durante Los Sitios, abanderada universal.

Afortunadamente, hoy, en nuestra sociedad y en nuestra ciudad, es un hecho natural la incorporación de la mujer a todas las tareas públicas de la vida, y, aunque se trata de un movimiento universal, no es ocioso recordar la especial contribución de la mujer zaragozana a ese universalismo.

La quinta idea que deseo comentar es lo relativo a la transformación de la ciudad.

Desde el punto de vista físico y material, Los Sitios supusieron para Zaragoza un completo desastre. Su población descendió de unos 45.000 habitantes que tenía al comienzo, a unos 35.000, siendo necesario que pasase década y media para poder alcanzar el nivel de 1.808.

Y aunque los desastres de la guerra no son suficientes para explicar la pérdida de vitalidad económica y la atonía política y social en que se instaló Zaragoza durante mucho tiempo, no hay duda alguna de que contribuyeron poderosamente a ello.

Pero la gran destrucción que experimentó Zaragoza, y el espíritu de la nueva administración, tuvieron la virtualidad de provocar una verdadera transformación urbana, de tal intensidad y amplitud, que algunos no dudan en calificarla de segunda fundación.

La situación fue propicia para que se introdujeran en el urbanismo las ideas de la Ilustración, que adquirieron su apogeo en la época napoleónica, impregnando el pensamiento del gusto por la regularidad burguesa como nuevo parámetro de definición espacial.

Y así, se asumió la inclinación hacia la uniformidad sistemática del trazado urbano, la geometría de formas sencillas y puras, el gusto por la vegetación, y toda esa visión neoclásica, que tanto inspiró el Plan General de Ordenación de las calles de París, con espaciosas avenidas, como la Rue Rivoli, enlazadas por plazas monumentales, de amplias perspectivas.

Este nuevo urbanismo, surgido de los desastres de la guerra, de los derribos inevitables de la paz, y del nuevo espíritu, dio lugar, entre otras obras, a la mitad sur del nuevo Paseo Imperial, conocido posteriormente como Paseo de la Independencia, levantado sobre los restos de Santa Engracia, el Convento de los Capuchinos y el Hospital y el Convento de San Francisco, unidos en un amplio salón que desembocaría en la Cruz del Coso.

Y especifico lo de la mitad sur, porque el proyecto inicial consistía en una amplia avenida que uniera los cursos del Huerva y del Ebro, y tuviera como punto central el Arco de Cinegio. Como todos ustedes saben, la segunda parte aunque se ha vuelto a hablar de ella en numerosas ocasiones, nunca se llevó a efecto.

Además, una profusa iluminación en las calles, cuyos faroles permanecerían encendidos toda la noche contribuyó a cambiar sustancialmente el aspecto nocturno de la ciudad, que junto con el nuevo aspecto diurno que los replanteamientos urbanos produjeron, dio lugar, sin duda, a lo que podríamos llamar una “Nueva Zaragoza”.

Y me parece importante subrayar este aspecto de transformación ciudadana que Los Sitios provocaron, porque hoy, afortunadamente por causas muy distintas, se encuentra Zaragoza también en un histórico momento de transformación, asumiendo en gran parte el espíritu urbanístico de la época, según el cual, y sin perjuicio del papel de los arquitectos y de los ingenieros, la remodelación de una ciudad incumbe de manera intensa a los gestores del poder público, que son los que deben diseñar los parámetros de los grandes cambios.

La llegada del Tren de Alta Velocidad a Zaragoza, con la construcción de una de las estaciones más modernas de Europa; la puesta en servicio de los Cinturones de Ronda; la mejora de todos los accesos por carretera; el replanteamiento de la red ferroviaria; la traída de aguas de calidad del Pirineo; la amplia consecución de suelo para la creación de vivienda social; las actuaciones logísticas y estratégicas; y una amplia relación de proyectos, que ustedes conocen y que no es del caso repetir ahora, están produciendo esa histórica transformación.

La transformación de entonces se produjo en medio de una población dolorida, más que diezmada, desmoralizada, y políticamente abúlica. Afortunadamente, la transformación actual se está produciendo precisamente por las causas contrarias: por nuestra propia iniciativa, por proceder de una población pujante, ilusionada, que cada vez confía más en sus propias fuerzas, e impulsada por unas instituciones vigorosas, que han superado años de letargo, y proyectan un futuro de esperanza para la ciudad.

Y, por último, quiero referirme a una idea que, a mi juicio, sintetiza el espíritu más importante de Los Sitios y el más valioso legado que han dejado para la posteridad.

Los Sitios de Zaragoza, por encima de las circunstancias concretas del momento histórico en que se produjeron, y más allá de los

acontecimientos políticos que los motivaron, hoy afortunadamente superados de una manera definitiva, representaron ante el mundo el ejemplo de la unidad de todo un pueblo esforzándose hasta el límite de lo imposible por una causa común.

Hoy, en un mundo completamente distinto al de aquellos momentos, en que la estructura de Europa ha evolucionado hasta superar satisfactoriamente las causas que motivaron aquellos acontecimientos, de su recuerdo nos queda, acrecentado por el valor que el paso del tiempo añade a lo verdaderamente importante, el testimonio de aquella unidad como estímulo de acción en el momento presente.

Francia no es hoy un país enemigo ni agresor; al contrario: es nuestro amigo y con él compartimos esfuerzos supranacionales. La pretensión de unir a Europa por medio de la guerra y de la destrucción ha fracasado; fracasó con Napoleón y fracasó también con Hitler. La única forma de unir Europa que está triunfando es la nuestra, la que estamos haciendo con la paz y la convivencia armónica.

El viento de la historia se ha llevado las circunstancias concretas que ocasionaron Los Sitios y la coyuntura que los envolvió. De su evocación nos queda el recuerdo del heroísmo de aquellos zaragozanos, y muchas otras reflexiones, que ustedes sin duda habrán hecho, y a las que yo pretendo juntar las que acabo de realizar. Pero el valor de la unión y su eficacia no se la ha llevado la historia, sino que permanece con nosotros y puede servirnos para nuestro presente y para nuestro futuro.

Hoy, son otras las causas que nos mueven, pero para llevar todas ellas a feliz término es preciso que se produzca la fuerza de la unión, que tan incontestablemente se dio durante Los Sitios de Zaragoza.

Y con esa unión de todos los zaragozanos, yo estoy convencido que Zaragoza puede abordar el futuro más esplendoroso, por ambicioso que éste pueda parecer.

Señoras y señores, creo que con las ideas que he comentado, y muchas otras similares que podrían añadirse, hay motivos más que suficientes para celebrar el segundo aniversario de Los Sitios de Zaragoza con toda la fuerza y grandeza de que seamos capaces, haciendo de esa fecha, del año 2008, un hito en la historia moderna de nuestra ciudad que,

por una parte, permita mostrar al mundo la gran transformación de Zaragoza en esta década, y, por otra, sirva como incentivo y como catapulta para nuevas transformaciones de Zaragoza, asumiendo el imperecedero valor inmaterial que Los Sitios nos han transmitido.

Y para poder lograr estas dos grandes pretensiones, se han puesto en marcha dos instrumentos operativos, la Fundación 2008 y el Consorcio para la candidatura de Zaragoza a una Exposición Internacional en ese año.

La Fundación 2008 pretende aglutinar e impulsar un amplio movimiento ciudadano, en todos los aspectos y comprensivo de todas las materias, para que la celebración del Segundo Centenario de Los Sitios tenga esa dimensión que estamos comentando.

El Consorcio para la Exposición Internacional, como ustedes saben, es el órgano que está impulsando la candidatura de Zaragoza para dicha Exposición, candidatura que cuenta con el total apoyo del Gobierno español, y que el próximo martes va a ver reforzado su valor con la constitución, en nuestra Ciudad, de la Comisión Nacional nombrada por el Consejo de Ministros para impulsar definitivamente la candidatura, como un proyecto de Estado que es.

Tanto la Fundación como el Consorcio se han creado con un consenso político y social completo, participando todas las instituciones de Aragón, y en la línea con ese espíritu de unión que nos han legado Los Sitios.

El completo consenso político y social logrado en torno a la candidatura de Zaragoza para la Exposición Internacional del 2008, la ilusión colectiva que ha despertado en toda la ciudadanía, y el decidido apoyo del Gobierno de la Nación, junto con el momento histórico que vive nuestra ciudad, son razones en virtud de las cuales puedo decirles que confío plenamente en que Zaragoza va a ser, finalmente, Sede de dicha Exposición.

El primer Centenario de Los Sitios fue conmemorado con una inteligente Exposición hispano-francesa que provocó una transformación urbana cuyas consecuencias duraron casi medio siglo. En continuidad con aquella celebración, yo deseo que la actual, recoja toda aquel espíritu

creativo y lo amplíe todavía más, para que la repercusión en nuestra ciudad de la celebración del segundo Centenario sea todavía mayor.

Señoras y señores, a lo largo de estos minutos he intentado exponerles algunas de las razones que yo considero suficientes para celebrar con la máxima plenitud el Bicentenario. Los Sitios constituyeron un acontecimiento tan importante en nuestra ciudad que cualquier reflexión sobre ellos, y cualquier esfuerzo por adecuar a nuestro tiempo sus valores fundamentales, es siempre positivo para nuestra ciudad y para todos los zaragozanos.

Deseo que estas palabras hayan contribuido a divulgar, un poco más, la importancia de Los Sitios, y muchas gracias por su atención.

